

**Joel Mokyr.** *La palanca de la riqueza. Creatividad tecnológica y progreso económico*, Madrid, Alianza Universidad, 1993, 433 páginas.

*La historia del molino mágico*

*“La tecnología es el molino mágico que muele nuestra riqueza y nuestro poder; y los seres humanos se atropellan para obtener la riqueza y el poder a cualquier precio”.*

A. Toynbee

¿Cuáles son las palancas de la riqueza?

La geografía, el trabajo, el comercio o la fuerza militar son considerados, según las épocas o las escuelas, como los determinantes de la transformación de las sociedades, el crecimiento de las economías y la acumulación de poder de los individuos, las compañías o las naciones.

Sin embargo, desde el siglo XIX es generalmente aceptado que el desarrollo tecnológico es uno de los principales motores del crecimiento y el poderío económico.

¿Cuáles son, entonces, las claves de ese desarrollo?

En su libro *La palanca de la riqueza. Creatividad tecnológica y progreso económico* Joel Mokyr realiza un recorrido erudito y por momentos fascinante, por la historia de la tecnología y las teorías que intentan explicar el avance técnico.

Mokyr expone y critica numerosas posiciones y no da respuestas simples o cerradas: según el autor, en la creación tecnológica intervienen la realidad material y el azar, las concepciones religiosas y la organización política de las sociedades, el impulso creador de los individuos y la acción de los gobiernos, la abundancia y la escasez.<sup>1</sup>

El pulso de esa creación no es firme ni previsible: “El curso histórico del cambio tecnológico ha sido irregular y espasmódico. Algunos breves períodos de la historia de determinadas naciones —tales como Gran Bretaña entre 1760 y 1800, o Estados Unidos a partir de 1945— son enormemente ricos en cambios tecnológicos. A ellos suelen seguir períodos en los cuales desaparece el progreso tecnológico. ¿Por qué ocurre esto? Economistas, sociólogos e historiadores han escrito ampliamente sobre el tema, pero para terminar descubriendo cuán difícil es dar una explicación satisfactoria... La diversidad

---

1. Para un autor, incluso el espíritu de goce interviene: “La variedad de interacciones que intervienen en el desarrollo técnico es reflejo de la creatividad y la inteligencia del hombre, tanto como de la diversidad y complejidad de las cuestiones humanas, y de la naturaleza lúdica del espíritu humano” Arnold Heertje, *Economía y progreso técnico*, México, 1984, p. 137.

de la historia tecnológica es tal que casi a cualquier afirmación se le puede oponer un ejemplo antagónico" (p. 21).

Esta dialéctica, desplegada por Mokyr es quizá uno de los elementos más interesantes de su libro. Para abordarla es necesario, en primer lugar, diferenciar entre el cambio del pasado y el de nuestros días:

"Es casi todo el transcurso de la historia humana el cambio tecnológico no se llevó a cabo, contra lo que ocurre actualmente, en laboratorios de investigación especializados pagados por presupuestos destinados a investigación y desarrollo y según las estrategias formuladas por los planificadores de las grandes empresas, bien informados por los analistas de mercado. El cambio tecnológico se producía principalmente por medio de nuevas ideas que surgían, si no al azar, al menos en una forma difícil de predecir." (p. 192).

¿Cuáles fueron, en el pasado, las fuentes del progreso técnico?

Mokyr va exponiendo cada teoría y su crítica. Una versión sostiene que la tecnología surge por el crecimiento de la demanda. Pero la demanda, señala el autor, está determinada por la renta y la renta real es consecuencia del cambio tecnológico (p. 193). La teoría se convierte en un círculo vicioso no explicativo.

Otras corrientes relacionan el fenómeno con la abundancia, que facilita la creación, o la escasez de recursos, que estimula la búsqueda de procedimientos para aprovechar mejor lo disponible.

En este punto Mokyr expone diversos ejemplos que cuestionan tanto una como otra aproximación: por ejemplo, según una teoría la abundancia de carbón favoreció el desarrollo técnico en Gran Bretaña pero otras sociedades con carbón en abundancia no progresaron en el mismo sentido.

En relación con las invenciones que ahorran mano de obra, dice Mokyr, "parecen haber surgido tanto en momentos en que el salario era estable o tendía a bajar (por ejemplo, en el último tercio del siglo XVIII) como también en períodos de suba salarial" (p. 210).

La mano de obra siempre cuesta y cualquier cambio que reduce su empleo mejora los rendimientos, sea cual fuere el nivel de salarios.<sup>2</sup>

La religión y los valores sociales tuvieron una importancia destacada en el desarrollo o el retraso de la técnica.

La invención, plantea el autor, es un juego contra la naturaleza y su potencial innovador depende de la actitud de las personas frente al mundo, es decir de su religión (p. 216).

---

2. Según Dobb, sin embargo, la máquina de vapor y su capacidad para ahorrar trabajo tuvo un rol fundamental en el impulso técnico europeo. Con ese invento, afirma Dobb, "la revolución técnica adquirió un impulso acumulativo propio, puesto que cada adelanto de la máquina tendió a traer por consecuencia una mayor especialización de las unidades de su equipo humano correspondiente". "La unión de la máquina de vapor con los nuevos mecanismos automáticos creó un campo de inversiones en el acortamiento del trabajo humano que, por su extensión y su riqueza, no conocía paralelos" Maurice Dobb, *Estudios sobre el desarrollo del capitalismo*, Buenos Aires, 1973, pp. 319 y 323.

Es así que el carácter antropocéntrico de las religiones judeocristianas tuvo una influencia positiva en el progreso técnico mientras que las concepciones religiosas desentendidas del mundo material, como el budismo, no contribuyeron a su desarrollo. En el Islam, incluso, la innovación llegó a adquirir una connotación negativa.<sup>3</sup> El cambio de valores de la sociedad mercantil occidental y su pasión por alcanzar la riqueza a través del dominio técnico es, también, un aliciente poderoso en la conquista de la piedra filosofal de la tecnología: todas las grandes civilizaciones de la antigüedad apreciaban la riqueza, “pero consideraban que ser valiente o sabio era tan bueno o mejor que ser rico” [...] Es posible que cuanto más alto estén la producción y la acumulación de riqueza dentro de las jerarquías sociales, más proclive será esa sociedad al progreso tecnológico” (p. 219).<sup>4</sup>

En la mitología convencional occidental, la innovación surge de la inspiración y la aventura de los genios y/o los empresarios “à la Schumpeter”. Esto es indudable pero también, en muchas ocasiones, los estados tuvieron una intervención directa y decisiva.

“Cuando los gobiernos fuertes se dieron cuenta de que el subdesarrollo tecnológico era peligroso para su régimen —como en el caso de Pedro el Grande de Rusia, Japón después de 1867 y, en menor grado, la Francia napoleónica— decidieron intervenir de modo directo para estimular el cambio tecnológico”. (p. 228).

La preocupación estratégica y el intento de mejorar la capacidad bélica frente a Europa contribuyeron, indudablemente, a un desarrollo técnico de Japón y la Rusia zarista. Pero Mokyr no considera que la guerra haya sido, en términos generales, una de las palancas del progreso tecnológico.

La mayor parte de los desarrollos tecnológicos bélicos, como las innovaciones mecánicas de los romanos, la metalurgia aplicada a la fundición de cañones, la construcción de barcos o la invención de la pólvora tuvieron poca aplicación en la actividad civil y tardaron mucho tiempo en encontrar esa aplicación: la industria de máquinas herramientas, sostiene el autor, debe más al desarrollo de los relojes y los instrumentos que a las armas (p. 237) y la propia revolución industrial encontró más obstáculos que estímulos en las guerras de la época (p. 238).

- 
3. Según una opinión la Iglesia tuvo un rol crucial en la preservación de la técnica en Europa: “La recuperación de las industrias y de las técnicas luego de la caída del imperio romano y la invasión de los bárbaros fue iniciada y alentada por jefes políticos pero ante todo y de modo más coherente por la Iglesia, única potencia que conservó durante el naufragio una estructura administrativa, una tradición intelectual y, con el dogma religioso, una imagen eficaz de la gran civilización antigua”. Pierre Ducassé, *Historia de las técnicas*, Buenos Aires, 1961, p. 62.
  4. “Hasta tiempos recientes, el medio ambiente físico era algo que tenía que ser aceptado para sacar de él el mayor partido posible [...] Para el hombre moderno su medio ambiente es simplemente una primera materia, una oportunidad para manipular. Puede ser que Dios haya hecho el mundo; pero esto no es una razón para que nosotros no tomemos posesión de él.” Bertrand Russell, *La perspectiva científica*, Madrid, 1985, p. 127.

La corrupción fue también causa de decadencia técnica: en Roma, por ejemplo, "la corrupción y la venalidad redujeron la eficacia de las actividades de interés público desempeñadas por el gobierno (en especial en defensa) y robaron energías y talento que deberían haberse dedicado a la consecución de fines más productivos" (p. 229).

Una pregunta central del análisis histórico es porqué Europa alcanzó un desarrollo técnico tan superior a otras sociedades que en algún momento tuvieron conocimientos y recursos para seguir un camino similar.

De la maraña de razones que parecen explicar ese fenómeno, Mokyr extrae una primordial: la importancia de la diversidad y democracia. "Lo que dio a Occidente su triunfo sostiene, no fueron el capitalismo ni la ciencia, ni los accidentes históricos, como contar con una geografía favorable. Fue la diversidad política y mental la que daba lugar a un panorama siempre cambiante en sociedades tecnológicamente creativas" (p. 373).

Algunas grandes sociedades burocráticas, como la china, impulsaron en algún momento el avance técnico, pero lo aplastaron cuando sus élites lo consideraron innecesario o peligroso.

En Europa, por el contrario, no existió un grupo o una nación hegemónica capaz de imponer al resto un statu-quo y los estados y los individuos compitieron por la supremacía económica y por la conquista de los avances técnicos.<sup>5</sup>

Mokyr usa el controvertido término progreso cuando se refiere al cambio técnico, pero sabe que el mismo no es neutral para las naciones o los grupos y que tiene costos sociales por obsolescencia de especialidades, migraciones y otros factores.

Si bien, concluye, los economistas tienden a creer que la mayor parte de los costos son transitorios "el progreso técnico nunca es una mejora para todos los afectados: en el proceso hay perdedores y, aunque los ganadores podrían recompensarlos, sólo rara vez lo hacen".

Julio Sevares

**Eric J. Hobsbawm.** *Naciones y nacionalismo desde 1780*. Barcelona, Crítica, 1991, 206 páginas.

La existencia de naciones constituye un dato evidente de la realidad, aunque el significado de este término aparezca como un arcano difícil de

5. Según un experto en el tema, en China la burocracia imperial contribuyó a algunas formas de desarrollo técnico y en el siglo XV contaba con muchos adelantos desconocidos o de muy escaso desarrollo en Europa, como el papel, la imprenta de tipos móviles, el sismógrafo, el pluviómetro, molinos y telares mecánicos. Pero el sistema del mandarinato impidió el ascenso al poder de los mercaderes, ahogando la clase más interesada en la innovación y el desarrollo técnico. Joseph Needham, *Dentro de los cuatro vientos*, Madrid, 1975.

desentrañar. No obstante, parece necesario indagar en él si se intentan comprender aspectos fundamentales de los dos últimos siglos del acontecer humano.

Más que la búsqueda de respuestas acabadas, el objetivo sería repensar desde la historia diversos conceptos inherentes a este fenómeno, para formular interrogantes que permitan aproximaciones válidas al problema.

En este contexto se inscribe la propuesta de Eric Hobsbawn, profesor emérito de historia social y económica del Brikbeck College, Universidad de Londres e importante representante del pensamiento marxista europeo. Entre sus trabajos, se destacan los aportes al debate teórico y metodológico desarrollado por los intelectuales pertenecientes a esta corriente, durante la década de 1960.

Su preocupación por el tema de las naciones y el nacionalismo es de larga data; prueba de ello son numerosos artículos y capítulos de obras como: *Las revoluciones burguesas* (1962), *El mundo del trabajo* (1984) y *La era del capitalismo* (1989), entre otras.

El presente libro se basa en cinco conferencias pronunciadas en la Queen's University de Belfast en 1985, pero fue ampliado y modificado a la luz de acontecimientos acaecidos desde la finalización de la edición original inglesa (1989).

Tres elementos fundamentales establecen el límite teórico de este trabajo:

- \* Los dos últimos siglos de la historia constituyen el tiempo histórico en que se analiza la evolución de la nación moderna.
- \* El ámbito espacial de este estudio tiene como centro a Europa.
- \* El eje para abordar la "cuestión nacional" y poner sus supuestos más importantes en duda es el concepto de "nación".

La perspectiva que sustenta el diseño metodológico y el desarrollo de la obra, es sintetizada por el autor de la siguiente manera:

- \* Utiliza el término nacionalismo para referirse a un principio que afirma que la unidad política y nacional debería ser congruente.
- \* El nacionalismo antecede a las naciones. Las naciones no construyen estados y nacionalismos, sino que ocurre al revés.
- \* El estudio de la "cuestión nacional" puede situarse en la intersección de la política, la tecnología y la transformación social.
- \* Las naciones son fenómenos duales contruidos esencialmente desde arriba, pero que no pueden entenderse a menos que se analicen también desde abajo.
- \* La "conciencia nacional" se desarrolla desigualmente entre los agrupamientos sociales y las regiones de un país.

Hobsbawn toma como punto de partida el concepto de "nación", considerándolo como expresión de realidades temporales y espaciales concretas y poniendo énfasis en las transformaciones que ha sufrido en su significado.

Al respecto afirma, las definiciones objetivas de "nación" han fracasado porque tratan de insertar entidades históricamente nuevas y cambiantes en estructuras de permanencia y universalidad. La "nación" es una novedad en la historia, una construcción social fruto de coyunturas históricas concretas, localizadas y regionales.

En este sentido, pone en tela de juicio supuestos tales como: etnicidad, lengua, territorio, historia común, considerados fundamentales en la definición del término, especialmente por los mentores del nacionalismo.

Así el concepto revolucionario democrático de fines de siglo XVIII, cuyo uso se afirmó alrededor de 1830, enfatizaba los elementos de ciudadanía y participación. La idea central era la ecuación ciudadano=pueblo soberano=estado; en relación con el estado, los ciudadanos constituían el pueblo; en relación con la raza humana constituían la nación.

Otro elemento importante de la concepción liberal, es que la nación requería una extensión suficiente para formar una unidad que fuese viable desde el punto de vista económico. Este "principio del umbral" influyó en la expectativa de que los movimientos nacionales fueran unificadores y/o expansivos.

Una de las razones para el fortalecimiento del nacionalismo a fines del siglo XIX, fue que el estado o los movimientos nacionales tuvieron la capacidad de movilizar sentimientos de pertenencia colectiva ya existentes, a los que el autor denomina "protonacionales". Estos eran de dos clases; por una parte, había formas locales de identificación popular que iban más allá de las que circunscribían los espacios reales. En segundo lugar, existían los lazos y vocabularios políticos de grupos selectos, vinculados más directamente a estado e instituciones, los cuales podían acabar generalizándose y popularizándose.

Si bien en estos fenómenos estuvo presente, el factor racial y lingüístico no tuvo una importancia central; el criterio decisivo del protonacionalismo fue la conciencia de formar parte de una comunidad política duradera. Aunque esta identificación colectiva facilitó la tarea de los nacionalistas, no significa que los dos fueran lo mismo, ni tampoco que necesariamente uno sucedió al otro.

Todas las naciones tuvieron que construir su unidad a partir de la diversidad; una de las formas más eficaces de hacerlo era agruparse contra los de afuera. Esta fue una tarea de ingeniería ideológica, llevada a cabo por los gobiernos, en coincidencia con el auge de las teorías racistas. Pero no debe suponerse que consistió sólo en una manipulación desde arriba; sus mejores resultados se daban cuando era posible edificarlos sobre sentimientos nacionalistas ya existentes. Esta conciencia de pertenecer a un espacio regional —"patria chica"— fue deliberadamente proyectada a la "patria grande", la cual constituía en definitiva una "comunidad imaginada".

El tipo de nacionalismo que apareció en las postrimerías del siglo XIX no tenía ningún parecido con el patriotismo de estado, su lealtad no se dirigía al país, sino a un concepto ideológico; los criterios de uno eran inclusivos, mientras que los criterios nacionalistas se definían por exclusión.

Uno de los aspectos que nos ayudan a reformular la cuestión del apoyo popular a estos movimientos es la identificación de la nación con la lengua. El elemento político-ideológico es evidente en el proceso de construcción de una lengua "porque, contrariamente a lo que afirma el mito nacionalista, la lengua de un pueblo no es la base de la conciencia nacional, sino un artefacto cultural".

El nacionalismo de 1880-1914 difería en tres aspectos de la fase anterior:

- \* El "principio del umbral" fue abandonado.
- \* Como consecuencia de la multiplicación de naciones "no históricas", la etnicidad y la lengua se convirtieron en criterios centrales.
- \* Un tercer cambio que afectó los sentimientos nacionales, dentro de los estados-nación ya constituidos, fue el desplazamiento hacia la derecha política, para lo cual se inventó en la última década del siglo XIX el término "nacionalismo".

Desde el punto de vista social, tres fenómenos aumentaron la posibilidad de crear nacionalidades en la segunda mitad del siglo XIX.

- \* La resistencia de los grupos tradicionales que se veían amenazados por la modernidad.
- \* La existencia de clases y estratos intermedios nuevos que crecían rápidamente en las sociedades en vías de urbanización de los países desarrollados.
- \* Las migraciones masivas de pueblos que se constituían en forasteros para los nativos, en coincidencia con la falta de hábitos y convenciones de coexistencia.

El fin de la Primera Guerra Mundial significó el triunfo del principio de nacionalidad, uno de cuyos aspectos fue la afirmación de la idea burguesa de nación como "economía nacional". Las sucesivas crisis reforzaron especialmente este tipo de modelo económico autárquico.

La problemática internacional influyó significativamente en las pautas que se le imprimieron al estado-nación en esta época. En efecto, fue imposible poner en práctica el principio "wilsoniano" que pretendía hacer coincidir las fronteras político-administrativas con las de nacionalidad y lengua. Los nuevos estados construidos fueron tan multinacionales como los imperios destruidos y la consecuencia de este intento fue la expulsión en masa o el exterminio de las minorías.

Además la reconstrucción del mapa siguiendo pautas nacionales privó al nacionalismo de su contenido unificador, ahora fue dirigido contra estos nuevos estados, es decir, se convirtió en separatista.

Un fenómeno de esta época fue la propagación geográfica de los movimientos nacionalistas y la diferenciación respecto a la pauta europea.

La identificación nacional adquirió nuevos medios de expresarse en una sociedad urbanizada y de alta tecnología. El auge de los medios de comunicación masivos, dio lugar a que los símbolos nacionales pasaran a formar

parte de la vida de los individuos; se rompió la división entre la esfera privada y local y la pública y nacional.

También el deporte se convirtió en una expresión de lucha simbólica entre naciones.

En síntesis, al analizar el desarrollo de este fenómeno histórico, el autor introduce categorías como: "ciudadano", "formas protonacionales", "comunidad imaginada", "principio del umbral" y destaca factores como las transformaciones socioeconómicas y el contexto internacional, entre otros.

Indudablemente la obra de Hobsbawm constituye un riguroso estudio de la evolución de la nación moderna, sustentada en un sólido repertorio de fuentes y un cuidadoso trabajo para distinguir el acontecer histórico del discurso ideológico.

Como lo anuncia en el prefacio su visión es eurocéntrica, por lo que sólo se refiere al denominado "Tercer Mundo" en conjunto, de manera incidental, aunque aporta algunos elementos importantes. Al respecto, para el caso concreto de nuestro país y la región que le es propia, esto es América Latina, los conceptos desarrollados por Hobsbawm pueden ser válidos para reflexionar en función de una realidad distinta, observando los elementos comunes y las diferencias.

En el último capítulo el autor plantea las contradicciones que parecen existir entre la actual reafirmación política de las nacionalidades, y la lógica de la integración económica que las empuja a una supranacionalidad creciente, como en el caso de la Comunidad Económica Europea.

También formula algunas tendencias, señalando que aunque el nacionalismo sea hoy importante en la política mundial, ya no constituye un programa político a escala internacional, por lo cual es menos importante históricamente. En este sentido, cabe preguntarse si se puede sostener esta posición frente a fenómenos que han tenido como resultado violentos enfrentamientos internos y en algunos casos la secesión y la guerra civil.

Es posible que, como afirma el autor, el nacionalismo no ofrezca soluciones para el futuro, sino que más bien origine nuevos y graves problemas, los que suelen ser un elemento no despreciable en el análisis histórico.

Sin lugar a dudas el concepto decimonónico de estado-nación está en crisis, pero si el autor reconoce el desafío que significa la presencia de fuerzas separatistas dentro de las actuales unidades políticas, es difícil afirmar la inoperancia de los conceptos de "nación" y "nacionalismo", más allá de que hoy puedan tener otro contenido. Al respecto, el surgimiento de la conciencia política en mayor cantidad de grupos, antes aquiescentes, es uno de los factores principales que configuran el sistema global de fines de siglo XX.

De todas maneras, esta obra, polémica por sus posiciones, constituye un valioso aporte para el estudio del nacionalismo moderno.



**Charles Tilly. *Coerción, capital y los estados europeos, 990-1990*, Buenos Aires, Editorial Alianza Universidad, 1993, 378 páginas.**

¿Qué es lo que explica la gran variación en el tiempo y en el espacio de los tipos de estados que han prevalecido en Europa desde el 990 d.C., y por qué terminaron los estados europeos por converger en diferentes variantes del estado nacional? Tales los interrogantes fundamentales a los que Tilly aspira a dar respuesta.

Apoyado en abundante bibliografía, el autor aborda el estudio de la formación de los estados nacionales europeos a lo largo del último milenio desde una hipótesis central: las estructuras de los estados nacionales cristalizaron, en gran medida, como productos secundarios de la preparación para la guerra y otras actividades a gran escala relacionadas con ella; los tipos de organizaciones que se constituyeron eran enormemente variados en función de la previa distribución del poder coercitivo y el carácter de la economía prevaleciente.

*Capital y coerción* son las determinantes fundamentales de esa variedad. Las regiones de un temprano predominio urbano, y sus capitalistas, produjeron tipos de estados muy diferentes a las regiones en que el panorama era dominado por los grandes señores y sus posesiones. Así, el modo particular de constitución de los estados es función de una serie de combinaciones en continua variación entre capital concentrado, coerción concentrada, preparación para la guerra y posición dentro del sistema internacional. Puesto que los conceptos de capital y coerción actúan como pivotes de toda la construcción explicativa del autor, es preciso de inicio dejar sentada una observación: Tilly tiende marcadamente a identificar el *capital* en general con el *capital comercial* en el sentido en que lo conciben las teorías "circulacionistas"; e incluso a reducir el capital comercial a la *riqueza* monetaria —huérfana de toda implicancia con las relaciones sociales— como suele hacerlo la sociología vulgar. Por lo demás, hace un uso vago y ubicuo del concepto de *coerción*, sin especificar si se trata del componente básico de las relaciones de producción feudales a través del cual el señor se apropia del plusproducto del campesino, o de la fuerza armada más o menos oficial con que el estado feudal impone su supremacía sobre los señores locales, o de aquella que es propia de *todo* aparato estatal.

El esquema general de la obra parte de un pormenorizado análisis de la génesis de ciudades y estados en la historia universal y de la evolución de sus relaciones recíprocas, particularmente en Europa. Tilly estudia luego los mecanismos mediante los cuales los gobernantes de los estados adquirieron los medios para llevar a cabo sus objetivos —en especial la creación de una fuerza armada— y las implicancias que esos mecanismos conllevaron para la estructura del estado y para la relación entre éste y sus ciudadanos. A partir de aquí el libro incursiona en el nudo central de su temática, describiendo las vías alternativas por las que transcurrió la formación del estado como consecuencia de la diversa imbricación entre *capital* y *coerción*.

Al entregarse a sus tareas de hacer la guerra, construir el estado, proteger

a su población, extraer recursos, arbitrar, distribuir, etc. los gobernantes avanzaban sobre ciertos intereses creados. En función de los requerimientos bélicos, todos los estados intervinieron de modo general —y en forma creciente— en la producción; los estados socialistas, en este sentido, no serían más que la representación extrema de una tendencia general de expansión de la actividad estatal fuera del ámbito militar. Tanto el carácter como el poder del estado variaban en función de la economía prevaleciente dentro de sus fronteras. En las regiones *intensivas en coerción* los gobernantes obtenían recursos para la guerra a través de requisas y conscripción. En las regiones *intensivas en capital* la presencia de capitalistas, intercambio comercial y organizaciones municipales pusieron importantes límites al control directo de los individuos por el estado, al tiempo que facilitaron la implementación de los impuestos como fuente de rentas para el estado. En las regiones de *coerción capitalizada*, finalmente, es donde los estados lograron mejores condiciones para afrontar las exigencias de la creciente escala de la guerra. La ventaja decisiva en la acción bélica correspondió a aquellos estados que podían desplegar grandes ejércitos permanentes, es decir, los que combinaban grandes poblaciones rurales, capitalistas y economías comercializadas. Su forma de estado —el estado nacional— se convirtió en la predominante en Europa. El estado nacional triunfó allí —y posteriormente en todo el mundo— porque sus estados más poderosos, Francia y España en primer lugar, adoptaron a fines del siglo XV una forma de guerra que acabó por aplastar a sus vecinos, y cuya apoyatura generó centralización, diferenciación y autonomía del aparato estatal.

En las últimas dos secciones del libro es donde se condensa lo fundamental de las conclusiones que Tilly extrae de su estudio para el mundo a las puertas del siglo XXI. Allí se examinan los estados europeos como un sistema caracterizado por la interconexión y por su influencia determinante en la evolución hacia un *mundo inter-estados* (algo así como una proyección actual del “mundo-uno” que Wallerstein cree advertir en la era moderna). Los estados europeos partieron de posiciones muy diferentes en función de la distribución del capital y la coerción concentrados, pero la guerra y las influencias mutuas los impulsaron al fin en la misma dirección general: la del *estado nacional*. Sin embargo, Tilly registra hoy una existencia de dos importantes corrientes que contrarían esta tendencia general: por un lado el surgimiento de poderosos rivales de los estados (bloques y asociaciones internacionales de diversa índole); por el otro, los pueblos pertenecientes a ex colonias, o que constituyen minorías dentro de ciertos países occidentales, que reclaman independencia, lo cual, de consumarse —concluye el autor— desembocaría en una fragmentación del mundo en miles de entidades “*a modo de estados, la mayoría diminutas y económicamente inviables*”. Los nacionalismos que tanta vitalidad muestran en el presente aparecen así — en la teoría del estado y de las relaciones internacionales que parece despuntar en la obra de Tilly— como componentes esencialmente irracionales.

El hecho de que muchos de los nuevos estados surgidos tras la Segunda

Guerra Mundial hallen su origen en el proceso de descolonización o en acuerdos internacionales ratifica para Tilly el carácter *externo* a la sociedad nacional que asume ese proceso general: a lo largo de los tres últimos siglos, destaca el autor, los pactos entre estados potentes han estrechado progresivamente los límites dentro de los cuales puede surgir toda lucha *nacional* por el poder. En el marco del mundo bipolar que caracterizó la época en que el libro fue escrito, estos rasgos aparecen aún más acentuados con la recurrencia, por parte de los militares del Tercer mundo, a modelos, ayuda y formación europea o norteamericana (o soviética, debe agregarse). El ascenso del poder militar en esas regiones del globo —de lo que podrían ser ejemplo la dictadura brasileña de 1964 y la argentina de 1976— es explicado por fallas de las instituciones civiles, desproporcionado apoyo de las potencias exteriores a las organizaciones militares de esos países, o por una combinación de autonomía militar y crisis económica, es decir por factores esencialmente institucionales o subjetivos, con absoluta prescindencia de los intereses nacionales, o de grupos o clases, que explican esas tendencias.

Es preciso subrayar que Tilly concluyó el trabajo que toma cuerpo en este libro a horas apenas —por así decirlo— de consumado el derrumbe de los países del llamado “socialismo real”, y cuando la desintegración del ex imperio soviético apenas dejaba entrever los rasgos que asumiría el “nuevo orden mundial” que alumbró con los fragores de la Guerra del Golfo. Sin duda, la perspectiva de estos hechos posteriores induce a reflexión acerca del desemboque actual de las preocupaciones inspiradoras de la obra de Tilly en lo que se refiere al destino final de los estados nacionales y al papel que el factor militar está llamado a desempeñar en las relaciones internacionales.

Falta en la obra de Tilly toda referencia a categorías claves de la ciencia histórica como *sistema, modo de producción o formación económico-social*. Se diluyen así los parámetros que permitirían identificar etapas y períodos cualitativamente distintos en el desarrollo social. No hay referente alguno que explique cuál es el basamento estructural en el que se sustenta el nivel político en el cual se resuelve en última instancia —como el propio autor destaca citando a Perry Anderson e invocando los principios del materialismo histórico— la “secular lucha entre clases”. Alineado en la concepción weberiana del estado como organización caracterizada por el ejercicio prioritario del poder coercitivo en un determinado ámbito territorial, es natural que la cuestión clave de la naturaleza social del poder estatal aparezca sustituida por la modalidad particular —la forma— que el estado asume en cada época y lugar geográfico. La guerra deja entonces de ser lo que es: un medio específico para la realización de objetivos *políticos*, y se transforma en el *factotum* de la evolución histórica, en el determinante por excelencia de la formación de los estados. Consiguientemente, la obra de Tilly parece aspirar a convertirse en una teoría general del estado y las relaciones internacionales reducida a la esfera de acción de los gobernantes, cuyas decisiones —“despegadas” de la sociedad concreta— son guiadas por el interés de la grandeza de “su” estado a expensas de otro. Así, el estado es concebido como mera organización político-burocrática y no como estructura político-social emana-

da de una sociedad y destinada a asegurar la permanencia de las relaciones sociales que le dieron origen.

Finalmente, Tilly elude hacer una caracterización de la actual etapa histórica del desarrollo capitalista, tal vez por compartir el autor el punto de vista que atribuye a la categoría de imperialismo carácter meramente *ideológico*. Ello está sin duda en el trasfondo de su concepción *globalizadora* o *transnacional* que lo impulsa a ver próximo el fin del estado-nación, idea común a quienes suscriben la caducidad de conceptos como soberanía y autodeterminación en un mundo que —al momento de concluirse el libro— trasponía los umbrales del *nuevo orden mundial*.

Rubén Laufer